

Últimas conversaciones con López Rubio

MARIO PARAJÓN

Don José López Rubio y yo sostuvimos muchas conversaciones a lo largo de la vida. Escenarios diversos, desde el café Lyon a la casa de Claudio de la Torre y desde el Victoria Palace de El Escorial al piso triste de la calle Álvarez Mendizábal y a las dos residencias donde pasó los últimos meses de su vida. La última, la que le tomó en suerte para despedirse de este mundo, se llamaba el *Real Deleite*, estaba en Aranjuez, y la cámara de una película de los años treinta —los años de López Rubio en Hollywood— la habría elegido para una de sus mejores producciones.

Hasta el mismo día de su muerte comió bien, no sintió molestias físicas, tuvo frente a su butaca un televisor de pantalla diminuta y no padeció de otro mal que no fuese la pérdida de la memoria y los mareos matutinos.

— *Estoy esperando a que caiga el telón. Cada vez que me dicen que viviré larga vida, ¿no tienes idea de la rabia que me entra!*

No podía sostener una conversación sin fatigarse y sin que los baches del recuerdo se

le interpusieran desesperándolo; era incapaz de concentrarse para leer otra cosa que no fuera el ABC —se entiende, los títulos y algún artículo; y con la mayor parte de sus amigos ya fallecidos, aguardaba sin angustia el momento de reunírseles.

Por eso, esta entrevista con López Rubio viene a ser la salpicadura de muchas de las que sostuvimos.

En 1955 hablamos con frecuencia de religión.

— *Si yo fuera creyente no saldría de la Iglesia en todo el día.*

— ¿Y no lo era?

— *Tengo muchos amigos entre los Agustinos de El Escorial. El otro día sostuve con uno de ellos una conversación larga y terminé por decirme que yo era un maniquero. Pensé una vez escribir un libro sobre Dios, pero no me decidí. En la vida pasan cosas terribles. A mí me ha ido muy bien, pero imagínate lo que habría sido un destino de paria.*

Y, sin embargo esta situación cambió durante unos años. Había regresado de Hollywood, México y Cuba después de la guerra, dedicándose entonces a director de cine.

— *Pero un bien día me harté del cine. Ya estaba hasta la coronilla. Y escribí Alberto.*

— Una comedia en la que la dueña de una pensión se marcha a América, y en su lugar queda Alberto, un personaje imaginario. Es clara la filiación wildeana.

— *Sí, ahí está presente Mr. Burbury. Wilde ha sido uno de mis grandes predilectos. ¡Qué manera de dialogar, qué actitud ante la vida tan elegante, tan firme, tan paradójica!*

—¿Y los otros predilectos?

— *Me parece que Moliere y Girardoux.*

Después de *Alberto* vinieron sus grandes éxitos: *Celos del Aire* y *La otra orilla*. López Rubio vivía en la calle Requena número 5, en un piso amplio y poco amueblado. Recordaba constantemente lo que Hollywood había sido en su vida: aquel mundo fabuloso, un poco irreal, donde se encontró una noche al gran Albert Einstein tocando el violín en una velada en casa de Chaplin.

Pero se le ocurrió una idea que nadie hubiera sospechado que le vendría a la mente: irse al Escorial y encerrarse allí para escribir. ¿Se quiere contraste mayor que el existente entre el ambiente fastuoso de Hollywood, su fiesta permanente, el smoking de casi cada noche, la espuma de un champagne incontenible; y la austeridad de *El Escorial*, el silencio del jardín de los frailes, el viento que corre por la explanada del Monasterio y la falta de ornamento de tamaña masa arquitectónica? A López Rubio le había seducido el Chaplin que vivía de fiesta en fiesta y que contrajo varios matrimonios. Y ahora —así funcionan los abismos en lo profundo de los hombres—, se fascinó con Felipe II. ¿Se imaginan semejante pareja?

López Rubio estudió a Su Majestad Don Felipe con espíritu de especialista. Y de Felipe II pasó a Santa Teresa; y de ahí a la amistad con los carmelitas, de manera que un día amaneció en el desierto de Batauceos, usó hábito de fraile, ingresó en la Venerable Orden Tercera, hizo uso de las disciplinas y me llegó a decir:

—*Cuando estoy allí se me olvida todo. Barro con una escoba, voy a la huerta, comparto la comida y practico la penitencia. Una noche el P. Valentín de San José me dijo: bajo mi responsabilidad, usted comulga mañana. Yo*

le contesté que aun albergaba mis dudas. Y su respuesta fue que nadie estaba libre de ellas.

Así transcurrió una temporada de su vida, luego de la cual me confesó que la fe se le había alejado y que esperaba la muerte como un descanso, a pesar de lo cual recibió en su piso de Álvarez Mendizábal a un jesuita, rezó una oración con él y recibió la comunión sacramental.

— ¿Cómo escribía sus comedias?

— *Nunca más de cinco folios al día. Aunque se pase uno el día entero pensando en la obra, no se debe escribir más.*

— Y en el momento de empezarla, ¿ya sabes lo que va a ocurrir?

— *Sé el final de la obra, pero me pueden sorprender muchas novedades.*

— ¿Qué te propones?

— *Nada que no sea el deleite del público. Y me gusta que ese deleite le llegue por el diálogo. ¿Qué sientes durante la representación?*

— *No sabría decirlo. Sé que me maravilla cuando se ríen.*

— Tienes fama de buena persona, de elegante en el vestir, de *bon vivant* y de gran gourmet.

— *No me creo malo. Y es cierto que me ha gustado la tela de calidad, un poco de vida regalada y una mesa bien puesta. He tomado muy en serio a la amistad, he creído que no hay razón para morir por ninguna "causa" y me he exigido mucho a mí mismo a la hora de escribir. Si se estrena una comedia, hay que aportar algo nuevo. Hay que crear.*

— Así transcurrieron mis últimas conversaciones con este hombre modesto, tímido, inteligente y fino, que puso una brizna de humor en todas las acciones que emprendió en su vida. Como si la faena de estar en el mundo fuese y no fuese al mismo tiempo algo muy serio y muy poco serio.